

Domingo XXXI Tiempo Ordinario

Sabiduría 11, 22-12, 2; Tesalonicenses 1, 11-2, 2; Lucas 19, 1-10

“Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa”

31 Octubre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“PARA QUE ASÍ JESÚS, NUESTRO SEÑOR, SEA GLORIFICADO EN VOSOTROS, Y VOSOTROS EN ÉL”

Hay verdades que, sólo cuando las oímos una y otra vez, empiezan a grabarse en nuestro corazón: *“Si tú no te quieres, no vas a encontrar a nadie que te pueda querer. El amor produce amor. Si te amas, vas a encontrar el amor. Si no, sólo vacío. Pero nunca busques una migaja; eso es indigno de ti”*, comenta el **Dr. Jorge Carvajal**. Tal vez de forma recurrente volvemos a tocar este tema tan importante. Y lo hacemos convencidos de que la única forma de vivirlo es por la gracia de Dios, porque humanamente no somos capaces de querernos en nuestra debilidad. El otro día me decía una persona: *“Es fácil amar a las personas que ríen, que son positivas, que siempre están dispuestas a levantarse y a luchar. Pero qué difícil resulta amar a los pesimistas, a los que lloran y están tristes, a los que se dan por vencidos”*. Es cierto, es más fácil amar la belleza, la verdad, la pureza y la vida. Es fácil amar al que nos ama, al que ríe y nos alegra la vida, al que nos enaltece con sus palabras y nos hace soñar, al que tira de nosotros. Es fácil amar cuando nos quieren de verdad, cuando nos respetan y nos dan libertad. Está claro que amar la bondad, la verdad y la belleza es algo mucho más fácil. Sin embargo, *¿Por qué nos cuesta tanto amarnos a nosotros mismos? ¿No somos capaces de ver la belleza, la verdad y la bondad en nuestro corazón?* La realidad es que no lo logramos tan fácilmente. Nos cuesta conocernos y, cuando profundizamos, en nuestro afán perfeccionista, no toleramos los errores, ni tampoco las caídas o los defectos. Somos inmisericordes con nuestra debilidad. Por eso nos cuesta amarnos tal y como somos. Amamos a un ser perfecto que no existe, una belleza sin mancha que no envejece, un yo ideal que nos hemos forjado en nuestra imaginación y que no es real. Por eso despreciamos al yo verdadero, al que se arrastra por la vida, al que no logra alcanzar las más altas cumbres que se propone como un ideal. **Despreciamos nuestra baja estatura, como Zaqueo, y quisiéramos ser tan altos como para poder tocar el cielo.**

NECESITAMOS UNA VOZ QUE NOS LEVANTE, UN ABRAZO QUE NOS CALME O UNA VISITA QUE CAMBIE NUESTRA VIDA. Para empezar la aventura casi milagrosa de amar nuestra propia vida es necesario recorrer un camino que pasa por el amor que recibimos. Siempre escuchamos que los primeros 3 años en la vida de un niño son fundamentales. En ellos se graban en su corazón esas experiencias que sanan o hieren, que construyen o destruyen, lo que luego será la personalidad de esa persona. No nos acabamos de creer que Dios nos quiere hasta que experimentamos el amor humano que nos levanta. Pero solamente Dios no nos falla nunca; sólo Él nos ha soñado y ha querido que tuviéramos vida, tal como nos lo recuerda la primera lectura: *“Señor, el mundo entero es ante ti como grano de arena en la balanza, como gota de rocío mañanero que cae sobre la tierra. Pero te compadece de todos, porque todo lo puedes, cierras los ojos a los pecados de los hombres, para que se arrepientan. Amas a todos los seres y no odias nada de lo que has hecho; si hubieras odiado alguna cosa, no la habrías creado. Y ¿cómo subsistirían las cosas, si tú no lo hubieses querido? ¿Cómo conservarían su existencia, si tú no las hubieses llamado? Pero a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amigo de la vida. Todos llevan tu soplo incorruptible. Por eso, corriges poco a*

poco a los que caen, les recuerdas su pecado y los reprendes, para que se conviertan y crean en ti, Señor” Sabiduría 11, 22-12, 2. Es ese amor de Dios el que nos levanta, nos enaltece, busca nuestro bien y desea nuestro amor. **Es el amor que nos hace dignos de ser amados y nos invita a convertir el corazón, a sanar nuestras heridas en el suave contacto con su corazón de Padre. Es el amor que nos da la altura espiritual que anhelamos**

EL CAMINO DE ZAQUEO ES ESE CAMINO DE CONVERSIÓN QUE ESTAMOS LLAMADOS A RECORRER PARA PODER SANAR. Dice el Salmo: *“Bendeciré tu nombre por siempre, Dios mío, mi rey. Te ensalzaré, Dios mío, mi rey; bendeciré tu nombre por siempre jamás. Día tras día, te bendeciré y alabaré tu nombre por siempre jamás. El Señor es clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad; el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas. Que todas tus criaturas te den gracias, Señor, que te bendigan tus fieles; que proclamen la gloria de tu reinado, que hablen de tus hazañas. El Señor es fiel a sus palabras, bondadoso en todas sus acciones. El Señor sostiene a los que van a caer, endereza a los que ya se doblan”.* Sal 144, 1-2. 8-9. 10-11. 13cd-14. Así quiere dirigirse nuestra alma a Dios. Es el grito de aquel que ha experimentado el amor de Dios en su vida y clama desde lo profundo del corazón. Es lo único que puede lograr que cambiemos de vida e iniciemos un nuevo camino. Porque la ausencia de amor nos paraliza. La presencia de un amor que nos sostiene nos da alas para vivir. Pero para ello tenemos que recorrer el camino de zaqueo. **Su vida, sus pasos y sus palabras hoy nos tocan y nos hacen preguntarnos por nuestro propio camino.**

PRIMER PASO: TODO COMIENZA EN EL CORAZÓN QUE BUSCA ALGO MÁS, QUE BUSCA A ALGUIEN QUE LE DÉ RESPUESTAS. UN CORAZÓN INQUIETO ES EL COMIENZO DE TODO: *“En aquel tiempo, entró Jesús en Jericó y atravesaba la ciudad. Un hombre llamado Zaqueo, jefe de publicanos y rico, trataba de distinguir quién era Jesús”.* Es difícil saber lo que está presente en ese corazón inquieto: la curiosidad o el deseo de encontrar respuestas. Creo que lo primero de todo es el deseo. Sin el deseo de conocer algo nuevo no puede tener lugar la conversión. El deseo surge cuando no estamos satisfechos con nuestra vida, cuando nos falta algo, o cuando nuestro corazón no tiene la paz deseada. La curiosidad es el primer paso para empezar a andar. El que no quiere conocer algo nuevo no avanza. Zaqueo tenía curiosidad por conocer a Jesús. Sin embargo, el paso previo es el deseo de cambiar. Y si no nos conocemos bien no sabemos qué cambiar. El que no ha comenzado el camino de la búsqueda interior no es capaz de dar ningún paso más allá de su comodidad. Si no nos sumergimos en el fondo del alma es imposible saber lo que de verdad deseamos, lo que no nos gusta tal y como está. Cuando vivimos en la superficie, viendo pasar la vida ante nuestros ojos sin grandes pretensiones, no es posible iniciar un camino distinto. **Por eso hace falta un deseo, una cierta intranquilidad del alma. Hace falta que surja una pregunta: ¿Vivo con un sentido? ¿Hacia dónde va nuestro camino?**

EL SEGUNDO PASO CONSISTE EN SUBIRSE A UN ÁRBOL: *“Pero la gente se lo impedía, porque era bajo de estatura. Corrió más adelante y se subió a una higuera, para verlo, porque tenía que pasar por allí”.* El árbol es el paso necesario cuando descubrimos nuestros límites. Comenta **S. Teofilcato:** *“Todo el que aventaja a los demás en malicia es pequeño en estatura espiritual y no puede ver a Jesús en medio de la turba. No ve a Jesús cuando pasa, cuando obra entre nosotros”.* De esta forma descubre Zaqueo que su estatura no basta para ver a Dios. Comenta **S. Gregorio** sobre el árbol: *“El sicómoro es una higuera que no produce higos. Los que eligen humildemente la necedad del mundo contemplan el brillo de la sabiduría del Señor. Por esta sabia necedad llegamos a ver la sabiduría de Dios”.* Escoge un árbol que no da frutos para poder ver a Dios. Su vida no daba fruto, también él mismo era estéril. La higuera era un árbol muy apreciado en el pueblo de Israel. Era símbolo de paz y abundancia. Por el contrario, el sicómoro no era tan apreciado. No era sembrado, crecía silvestre. Estos árboles eran muy parecidos. Se podían confundir fácilmente. Sin embargo, el higo de la higuera es de mucho mejor sabor y calidad que el del sicómoro. Por eso S. Gregorio

dice que no da fruto. Se queda en el sentido espiritual de esta calidad inferior del sicómoro. ***¿Qué representa este árbol en nuestra vida? ¿Un árbol sin frutos puede dar vida?*** Sabemos, por la historia de S. Juan Bautista, o por la de Samuel, que de un vientre estéril Dios puede traer la salvación, Dios puede dar frutos sanos y santos. Zaqueo procedía de un árbol sin frutos, de un vientre infecundo. Por eso el árbol al que se sube nos recuerda su propia condición. Busca la salvación aquel que no está salvado. Esta reflexión nos ayuda a pensar en tantos que hoy viven sin Dios porque, como Zaqueo, proceden de un vientre estéril, porque no han encontrado a Dios en sus vidas, o porque nadie les ha mostrado el camino. Porque han sido heridos y no piensan que Dios ni nadie pueda sanar sus heridas y devolverles la paz. Nos ayuda a pensar en nuestra vida, cuando encontramos que Dios no puede sacar nada bueno de nosotros, de nuestro desorden, de nuestro pecado o de nuestra historia herida. Sin embargo, para Dios nada es imposible. Él puede sacar la vida de la infecundidad, puede devolver la salud al enfermo y la vida al que ha muerto. **Desde el árbol infecundo en el que se sube, Zaqueo recupera la vida perdida y comienza a vivir una vida nueva.**

Por otro lado, EL ÁRBOL NOS PERMITE GANAR ALTURA y olvidar los miedos y barreras que nos hemos creado. El árbol representa esa ayuda necesaria para tomar distancia, para empezar a ver la vida de forma diferente, porque, desde la copa del árbol, todo mejora. Cuando nos alejamos de la turba y de las masas, que no nos dejan ver la vida con perspectiva, entonces logramos ver a Dios. ¡Cuántas veces en la vida deseamos subir al árbol para tomar aire! El árbol puede ser el Santuario, donde nos alejamos del ruido y de las prisas, donde la vida adquiere su verdadero valor. En el árbol de María nos miramos en verdad y somos capaces de ver nuestra belleza. Desde el árbol podemos soñar, porque allí los problemas de cada día nos parecen pequeños. Hace tiempo una persona me decía: *“Me gusta subir a la montaña, porque, al escalar las piedras, todos los problemas que me inquietan con frecuencia, son pequeños y diminutos, se ven tan insignificantes como los pueblos que se ven desde la cima del monte”*. Tomando distancia de nuestra propia historia de pecado, de nuestra vida sin Dios, la vida cobra belleza y, entonces, comienza la luz. Por eso es tan importante descubrir esos árboles que en nuestra vida nos ayudan a salir del ruido y la multitud. Esos árboles pueden ser lugares de paz o personas sobre cuyos hombros es más fácil confiar y creer. **Esos árboles aparecen en nuestras vidas cuando los necesitamos, pero hace falta mucho valor para trepar hasta ellos, exponiendo nuestra vida, y permitiendo que alguien nos vea y nos llame.**

EL TERCER PASO: CRISTO NOS VE Y NOS LLAMA: *“Jesús, al llegar a aquel sitio, levantó los ojos y dijo: «Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que alojarme en tu casa.»* La llamada de Dios nos sorprende siempre. Cuando vivimos sin Dios, cuando estamos lejos y pensamos que Dios ha muerto, su voz nos sorprende. Zaqueo vivía sin Dios o, mejor aún, como si Dios no existiese. Era jefe de publicanos y no temía ni a Dios ni a los hombres. Su gran error, o el comienzo de su salvación, fue su curiosidad por ver a Jesús. La curiosidad nos puede perder, lo sabemos, pero también nos puede salvar. Sus miedos se quedaron al pie del árbol, tirados junto a su comodidad. Es más fácil vivir al pie del árbol que subir hasta él. El ridículo se apodera del corazón. El árbol nos expone. La multitud y las masas nos protegen. En lo alto del árbol todos pueden vernos. Allí, Zaqueo, humillado por su corta estatura, está expuesto a las críticas. En lo alto del árbol casi no tiene escapatoria. No puede bajar de nuevo, no puede quedarse eternamente subido. Eso sí, en lo alto, logra su objetivo, ve a Cristo. O mejor, Cristo lo ve a él. Tenemos que subir al árbol para que Dios nos vea. Tenemos que salir de nuestra comodidad y de nuestros miedos, para dejar así que Dios nos vea. No es tan importante ver a Dios, lo importante es que Dios nos vea. Pero, ¿acaso no nos ve Dios siempre? ¿No puede romper nuestras barreras y puertas cerradas para forzar nuestra vida y vencer? No, Dios respeta nuestros tiempos, nuestra ineptitud y nuestra torpeza. Aguarda pacientemente al pie del árbol. **Sólo quiere que**

demos nosotros el primer paso para actuar. Quiere que subamos al árbol, quiere que nos pongamos a tiro, que mostremos el deseo más profundo del alma.

EL CUARTO PASO: ZAQUEO BAJA Y RECIBE A JESÚS EN SU CASA: *“Él bajó en seguida y lo recibió muy contento”*. Jesús quería comer con Zaqueo. Quería ir a su casa y compartir su mesa. Dios se abaja a nuestra indignidad, no al contrario. Porque muchas veces pensamos que no somos dignos, que Dios no va a querer abajarse y no va a querer tocar nuestra alma enferma. Cristo, por el contrario, le muestra a Zaqueo que ama su vida, su mediocridad, su pequeñez de estatura y su infecundidad. No le incomodan sus pecados, no siente repulsión hacia su vida. Cristo le dice que lo ama y Zaqueo desciende del árbol transformado. Unas pocas palabras son suficientes para que todo cambie. Comienza a creer en sí mismo cuando Jesús le dice que su casa es una casa digna para compartir el pan. Una mirada y una petición son suficientes para cambiar su vida. Creemos que tenemos que limpiarlo todo, purificar nuestro interior y eliminar toda mancha, para que Dios quiera quedarse a nuestro lado. Si algo sabemos nosotros, enamorados del Santuario donde María vive, es que el camino más rápido para que Dios habite en nosotros, es María. Es necesario pedirle a María que venga a nosotros, aunque nuestra vida esté completamente desordenada. Ella, como hizo al quedarse en casa de Juan, acepta la invitación y ordena el corazón. Decía **Grignon de Montfort**: *“En el corazón en el que el Espíritu Santo encuentra a María, allí se queda y habita”*¹. Allí donde María habita, Ella, con su presencia, prepara nuestro corazón y permite que venga el Espíritu a instalar su hogar. María nos hace creer en el valor de nuestra vida. Ella nos recuerda que, en nuestra pequeñez y poca estatura, somos los hijos valiosos de Dios. Nuestra filiación nos hace hijos de Rey. **Y la razón fundamental que alimenta nuestra fe, es que Dios ya ha creído, antes que nosotros, en la belleza de nuestra vida.**

EL QUINTO PASO: ZAQUEO CAMBIA DE VIDA Y SE CONVIERTE: *“Al ver esto, todos murmuraban, diciendo: «Ha entrado a hospedarse en casa de un pecador.» Pero Zaqueo se puso en pie y dijo al Señor: «Mira, la mitad de mis bienes, Señor, se la doy a los pobres; y si de alguno me he aprovechado, le restituiré cuatro veces más.»* La conversión trae consigo una nueva forma de vida: la santidad. Zaqueo no deja todo lo que tiene, no decide seguir a Jesús por el camino. Estamos acostumbrados a esa radicalidad en el seguimiento. Sin embargo, Zaqueo sólo renuncia a la mitad de sus bienes y asume el compromiso de restituir lo que haya robado. Encuentra que lo que Dios quiere de él es que inicie el nuevo camino de esta forma. Su santidad pasa por ser fiel a lo que Dios le pide en ese momento. A veces, al hablar de santidad, nos seguimos imaginando la perfección, la renuncia total y la pobreza absoluta. Una persona me decía: *“Al leer la vida de algunos santos me siento miserable porque veo que estoy tan lejos de ellos”*. Ese sentimiento nos atenaza muchas veces y nos hace incapaces para la vida. La santidad no es luz sin sombras, ni perfección sin defectos. Eso es imposible en la tierra. Esa perfección la dejaremos mejor para el cielo. La santidad de la que hablamos es otra muy diferente. Es una santidad que cuenta con nuestros límites, con nuestras alas rotas, con nuestra tendencia al pecado y con nuestro apego al mundo y a todo lo terrenal. Como decía el **P. Kentenich**: *“El santo es aquel que, en su originalidad, se siente en casa en el mundo natural y en el sobrenatural. Se trata de una santidad de la vida diaria”*². Una santidad que se construye sobre la vida que tenemos que saber amar, sobre esas barreras que nuestro nacimiento y nuestros condicionantes físicos y familiares, han dejado en el alma. Se trata de una santidad que nos permite respetar nuestra originalidad, porque es ése el barro con el que Dios quiere trabajar en nuestra alma. Es la santidad a la que hace referencia el mismo **S. Pablo**: *“Pedimos continuamente a Dios que os considere dignos de vuestra vocación, para que con su fuerza os permita cumplir*

¹ Grignon de Montfort, “Verdadera Devoción a la Santísima Virgen”, nº 36

² J. Kentenich, “Lunes por la tarde”, Marzo- Junio 1955

buenos deseos y la tarea de la fe; para que así Jesús, nuestro Señor, sea glorificado en vosotros, y vosotros en él, según la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo". **Hablamos de una santidad que es fruto de la gracia, porque Dios, respetando nuestra naturaleza, nos hace dignos hijos suyos en la fuerza de su amor.**

Es una santidad sencilla, que consiste en hacer lo que Dios nos pide en cada momento. Sencillo pero no tan fácil. Porque muchas veces no sabemos lo que Dios quiere y, cuando lo descubrimos, nos cuesta mucho hacerlo. Para ello tenemos que trabajar nuestro corazón, como leía hace poco: *"Tienes que dedicar tiempo a preparar la tierra si quieres que reciba a la semilla"*³. Hay que preparar la tierra para que la semilla de Dios pueda dar fruto. Decía el **P. Kentenich**: *"Por eso declaramos la guerra a la mediocridad. ¡Fuera la mediocridad de mi trabajo! ¡Fuera la mediocridad de mi vida moral! ¡Ninguno de nosotros debe morir sin haber alcanzado antes las cumbres más altas, de acuerdo a los talentos y gracias que Dios nos ha dado!"*⁴ Aspiramos a una santidad que no se conforma con los mínimos, que lucha cada día por despejar el alma de malezas y mediocridades. Una santidad que nos permite decir al final del camino que toda nuestra vida ha merecido la pena. El otro día leía un texto que recordaba una película ya antigua pero cargada de valor: *"Qué bello es vivir"*; en ella el protagonista, que está desesperado y a punto de suicidarse, se encuentra con un ángel que le hace ver lo valiosa que ha sido su vida para el bien de muchas personas. Para demostrárselo, le concede el privilegio de ver lo que hubiese sucedido en la vida de algunas de ellas si él no hubiera existido y por tanto no hubiera podido ayudarlas. Gracias a esa revelación recupera la alegría de vivir y comprende todo lo que una vida normal puede aportar a tanta gente. **Nuestra santidad es camino de salvación para muchos. De nuestro sí a Dios depende la conversión de muchos corazones.**

NUESTRA SANTIDAD, NUESTRO SÍ A DIOS, SE JUEGA EN EL PRESENTE. Así lo dice Jesús: *"Jesús le contestó: «Hoy ha sido la salvación de esta casa; también éste es hijo de Abrahán. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que estaba perdido.» Lucas 19, 1-10.* S. Pablo nos anima a no temer el futuro, a no vivir con miedo ni desconfianza el presente: *"Os rogamus, hermanos, a propósito de la venida de nuestro Señor Jesucristo y de nuestra reunión con él, que no perdáis fácilmente la cabeza ni os alarméis por supuestas revelaciones, dichos o cartas nuestras, como si afirmásemos que el día del Señor está encima". Tesalonicenses 1, 11-2, 2.* Vivir en Dios en el presente nos da la única seguridad que necesitamos para caminar. La salvación llega a nuestra casa cuando decimos que sí a Dios y hacemos su voluntad. Pero tenemos que estar preparados y saber que nuestro sí ha de ser pronunciado en la cruz y en las dificultades en la vida. Así nos lo recuerda el **P. Kentenich**: *"Es muy fácil decir: Hágase tu voluntad, cuando tenemos la mesa preparada, una casa caliente y buena salud"*⁵. Sin embargo, cuando nos faltan las fuerzas, cuando vivimos la crisis económica, cuando todo parece torcerse, cuando la suerte nos abandona, entonces es más difícil decirle sí a Dios. Entonces nos da miedo decirle que sí porque no sabemos las consecuencias. Por eso nos meditamos las palabras de **M. Gandhi**: *"Cuida tus pensamientos porque se volverán palabras. Cuida tus palabras porque se transformarán en acciones. Cuida tus acciones porque se convertirán en hábitos. Cuida tus hábitos porque forjarán tu carácter. Cuida tu carácter porque determinará tu destino. Y tu destino será tu vida"*. Sabemos que nuestras palabras y nuestros actos acabarán dando forma a nuestra alma y permitirán que Dios habite en nuestra casa o cerrarán las puertas a su presencia. Hoy, y no mañana, cuidamos lo que decimos, porque las palabras crean vida o destrucción. Hoy, y no en el futuro, nos tomamos en serio nuestros actos, sabemos que nuestras acciones despiertan el amor o el odio. **Queremos vivir, porque nuestra vida se juega en el sí sencillo y filial a Dios.**

³ W. Paul Young, La Cabaña

⁴ J. Kentenich, "Santidad, ¡ahora!", 140

⁵ J. Kentenich, "Lunes por la tarde", Marzo- Junio 1955